

¿POR QUÉ LA FAMILIA?

La fiesta de la Sagrada Familia, colocada entre el día de Navidad y el 1 de enero, vincula a la familia con el misterio del nacimiento de Cristo, que acabamos de celebrar. No se trata, por ello, de cargar sobre la familia una fuerte dosis de moralismo. Es otra cosa lo que hay que decir de la familia, que lo sigue expresando la gente hoy como ayer: lo más importante es la familia. Porque en verdad la familia no es cuidada y son muchos los que no tienen en cuenta ni lo que es la familia ni lo que supone formar la familia, tampoco lo que constituye una familia: el matrimonio (sea boda civil o por la Iglesia) y lo que suponen para el ser humano la vida de cónyuge; tampoco cómo vivir la sexualidad conyugal. Por supuesto, lo mismo sucede igualmente en las llamadas “parejas”, las uniones de hecho, que decíamos antes.

Es una tendencia en la sociedad en la que vivimos: vivir la familia sin tener en cuenta la dimensión humana o su base antropológica. Como si vivir mal este aspecto natural de la familia no tuviera importancia y no nos dañara, con el deterioro social e incluso económico que esto lleva consigo. He dedicado mi carta pastoral para el programa pastoral del curso 2019-2020 a este tema. El texto se titula: “Haced lo que Él os diga”. Me remito a lo que digo en esta carta acerca de lo que influye el deterioro de la familia, como realidad natural, en la descristianización de la sociedad. Por supuesto que esta descristianización influye también en la familia como institución natural.

Ayuda y mucho fijar nuestra atención en Jesús, María y José, pues no deja de ser sorprendente el misterio del Hijo de Dios que quiso nacer de una mujer, la Virgen Santísima, y entrar en este mundo por el camino común a todos los hombres y mujeres. ¿Quién duda que, de este modo, la realidad de la familia cobra más valor aún, revelando plenamente la vocación de los esposos, y su misión?

Les invito a considerar lo que dice la constitución dogmática “Lumen Gentium”, 35 respecto a la familia: “Los cónyuges son testigos, el uno para el otro y ambos para sus hijos, de la fe y el amor de Cristo”. Esto parece un pensamiento muy elevado para la generalidad de la gente, que se mueve mucho más a ras de tierra. Es posible, pero, ¿por qué no decir alguna vez a las familias cristianas, con sus problemas y aun sus “cosas de cada día”, que como matrimonio los esposos proclaman los valores del Reino de Dios ya presentes como la esperanza en la vida eterna?

Nos va mucho defender y promover “la dignidad natural y el eximio valor del matrimonio y de familia (cfr. Gaudium et Spes, 47). Al contemplar el misterio del Hijo de Dios que vino al mundo rodeado del afecto de María y José, invito a las familias cristianas a experimentar la presencia amorosa del Señor en sus vidas. En el fondo, aquellos matrimonios que pasan por dificultades o viven la experiencia de la familia desestructurada, envidian la armonía familiar de la que gozan tantas familias normales, conseguida a base de esfuerzo y de gracia de Dios.

Dar testimonio ante el mundo de la belleza del amor humano, del matrimonio y la familia es algo grandioso y siempre necesario, también en

nuestro tiempo. No estoy pensando en situaciones idílicas de vivir la familia; no: me gustaría que penséis solamente por qué ha nacido vuestro amor de hombre y mujer, o el amor a vuestros hijos. Vale la pena trabajar por la familia y el matrimonio, porque vale la pena trabajar por el ser humano, el ser más precioso creado por Dios. Él os bendiga.

El tema de la familia será tratado en la próximas Jornadas de Pastoral los días 10,11, y 12 de enero 2010. Su lema será “Haced lo que Él (Jesús) os diga” (Jn 2,5). Viendo el programa de estas Octavas Jornadas, os animo a vivirla, inscribiéndoos en ellas. Las ponencias y los testimonios merecen mucho la pena.

✠ Braulio Rodríguez Plaza
Arzobispo de Toledo. Primado de España